

El culto de los libros

Presentación de revista *Atenea*

MARIO RODRIGUEZ F.*

La presentación del número 473 de la revista *Atenea* quiero contextualizarla en los tiempos que corren, dominados por la automatización, los discos duros y las bases de datos, en los que presentar un texto tradicional, canónico, parece un gesto anacrónico, un intento inútil de querer desplazar del centro del conocimiento a la maravilla tecnológica del computador para volver a colocar en su lugar lo ya desplazado largamente: el libro.

Alguien podría preguntarse, dentro de la lógica de la modernidad, ¿no habría sido más económico y productivo digitar en una base de datos los 473 números de *Atenea* que editar un índice en tres tomos? ¿Y no tendrá las mismas ventajas ingresar una *Atenea* virtual en Internet?

Para responder a las preguntas y para justificar el culto de los libros que encierra este acto, quiero recurrir a las voces de los poetas, que como Mallarmé, piensan que el mundo existe para llegar a un libro.

Comienzo con Borges, sigo con Parra, Cervantes, Neruda y termino con Paz, escritores que han frecuentado constantemente las páginas de *Atenea*.

Escribe Borges: “Leí, días pasados, que el hombre que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china fue aquel primer Emperador Shi Huang Ti que asimismo dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él. Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de príncipes y tiranos”.

Erigir una muralla parece menos perverso, ya que se asocia a la idea de

*MARIO RODRÍGUEZ: Director de revista *Atenea*.

construir, que quemar libros, aunque si exploramos la idea de muralla las asociaciones negativas no dejan de ser fuertes: encerrar, aislar, oprimir, apresar; pero preguntémosnos, primero, ¿qué sentido puede tener la condena de los libros al fuego?

Varios sin duda, pero el más relevante parece ser el que apunta a que se trata de un intento por abolir la historia, el pasado real o mítico de una nación, ya que los libros son la memoria de un país.

¿Y acaso después de 72 años de vida no es *Atenea* una suerte de memoria histórica del humanismo chileno, como lo demuestra Juan De Luigi en su trabajo que encabeza los índices de la revista? Basta un solo ejemplo, la ligazón de *Atenea* con la librería Nascimento, centro de la actividad literaria del país en la década de los cincuenta y que hoy día no existe físicamente, pero permanece viva en cada página de la revista que allí se imprimió al calor de las charlas, discusiones e ideas que brotaban de las tertulias cotidianas de los más importantes intelectuales de la época que frecuentaban el antiguo edificio.

Pero volvamos a la relación entre quemar libros y levantar murallas. La idea de muralla no sólo debe entenderse en forma literal, sino también, metafórica. Creemos ver en los artículos publicados en la revista durante la época del 60, especialmente en los años de la reforma universitaria, una tentativa entusiasta por derribar murallas, una apuesta utópica por una sociedad sin muros, que tendría dramáticas consecuencias, y que se refleja en forma particular en dos números de *Atenea* a principios de los 70 que rompieron la línea tradicional de la revista.

El 73 significó la vuelta a tierra, a una tierra amurallada y vigilada que marcó la revista a pesar del esfuerzo ingente que hizo para resistir el confinamiento. Estas marcas históricas, políticas, estéticas, son otra forma de entender el libro como depositario de la memoria de una nación.

Y la existencia de dichas huellas nos permite percibir que hoy en día asistimos a la edificación de otra muralla: La construida por esa diosa sin rostro que es el libre mercado, muralla desde la que vigila y se castiga a los improductivos, a los incapaces de competir, a los poetas, a los filósofos que desperdician su tiempo y energía en tareas fantasmagóricas. Es cierto que no se queman libros en las plazas, pero el fuego supuestamente purificador ha sido reemplazado por otro que no arde, pero tan perverso para el libro como el primero, el del computador que puede encerrar en un disco duro una biblioteca completa. Deslumbrados y cegados por el brillo de las pantallas,

asistimos unos atónitos, otros, los más, entusiastas, a la nueva quema de libros que se disfraza bajo los nombres de automatización y digitación. Y a propósito de esta nueva realidad recurro al poema “El hombre imaginario” de Nicanor Parra, que nos permite entender este proceso del paso de la palabra oral a la escrita y de ésta a la automatizada, virtual o imaginaria.

El cambio de la palabra oral a la escrita está marcado por una intensa polémica. Clemente de Alejandría dijo que “escribir en un libro todas las cosas es dejar una espada en las manos de un niño”. Y San Juan afirmó que Jesús el mayor de los maestros orales “escribió una sola vez unas palabras en la tierra y no las leyó ningún hombre”. A su vez, el advenimiento de la palabra escrita movió a consecuencias tan maravillosas como la acaecida a Francis Bacon que a principios del siglo XVII llegó a imaginar que Dios escribió dos libros: el de las Sagradas Escrituras y el de la naturaleza, lo que condujo a León Bloy a creer que la historia es un libro incesante en que leemos y nos leen.

Afirmaciones tan extraordinarias carecen hoy día de sentido bajo el imperio de la palabra automatizada, virtual, que ficcionaliza toda realidad, o mejor dicho, la hace imaginaria: leemos un libro imaginario con un interlocutor imaginario en un escenario imaginario y podemos aún enamorarnos de una mujer imaginaria (como ha ocurrido recientemente en EE.UU. con un usuario de la red) y en fin, terminaremos por ser aquel hombre imaginario del que habla el antipoeta que “vive en una mansión imaginaria / rodeado de árboles imaginarios / a la orilla de un río imaginario”.

La presentación de este número 473 de *Atenea* no quiere ser un acto imaginario de un director imaginario frente a un público imaginario, quiere ser un acto de resistencia al gran mito tecnológico, mejor dicho al nuevo fundamentalismo, para decir que no se trata de despreciar insensatamente la computación, sino el de indicar que el libro aún tiene su espacio propio, que todavía tiene lectores tan fervientes como lo fue Cervantes, que no escuchaba muy bien lo que decía la gente, pero que leía hasta los papeles rotos en las calles, tradición cervantina que revivió Borges, que proclamaba que no hay autor que no haya sido un previo lector y que hoy reafirma nuestro Nicanor Parra, que exige para sí el Premio Nobel, pero de lectura y que recrean los autores que escriben en este número, dedicado a una reflexión sobre el lenguaje, sobre el idioma castellano que nos legaron los conquistadores, que mientras arrasaban todo buscando el oro –y aquí

interviene Neruda— se les caía a tierra americana de las barbas, de las vestiduras raídas, otro oro precioso, monedas tintineantes que siguen resonando y que intercambiamos día a día, minuto a minuto: las palabras, el oro del idioma.

Sobre este tesoro escribe el poeta y maestro cubano Roberto Fernández Retamar que reivindica el español como la lengua con que se inicia la modernidad. Y lo hace también el mejor narrador argentino actual, Ricardo Piglia, que proclama una verdad indesmentible: que la imagen de Chile más prestigiosa, la que proyecta a este país tan lejano de las culturas centrales como un caso extraordinario en el mundo, es su abundancia de grandes poetas: Mistral, Huidobro, Neruda, Rojas, Teillier y Linh, y el mejor de todos para el novelista argentino, Parra, poetas que le han enseñado a escribir a los latinoamericanos, haciendo tintinear las monedas del idioma a una escala universal.

Y también está presente, en este número, una reflexión sobre la palabra autóctona, el aymara y el mapuche, realizada por el profesor de nuestra universidad, Adalberto Salas y sobre los “discursos de sobremesa”, ave chilensis por antonomasia, parodiados por Parra y estudiados acuciosamente por la ensayista norteamericana Marlene Gottlieb; se rescata, al mismo tiempo, a esa aventura verbal mágica, llevada a cabo por una figura poética oscurecida en su época por la sombra de Neruda, el exquisito Rosamel del Valle, a través del artículo del profesor chileno Castellano Girón, mientras el pintor y profesor de estética Eduardo Meissner nos introduce en el lenguaje plástico y alucinante del mejor surrealista del sur, Roberto Matta.

Por esta breve enumeración que, haciendo una venia al tiempo, dejo hasta aquí, podrán ustedes percatarse que *Atenea* no es sólo el lugar de reflexión de los académicos de la Universidad de Concepción, sino que animada de un espíritu latinoamericanista recoge la polifonía de voces culturales que circulan en este nuevo mundo, que como dijo Rubén Darío “aún reza a Jesucristo y aún habla en español”.

Y para terminar con el último poeta convocado, Octavio Paz, hago una mención a los *Cuadernos Atenea*, serie en la que ciframos variadas esperanzas. Leyendo lo escrito por los ex presidentes Patricio Aylwin, Paz Zamora y Borja bajo el título *La nueva utopía: humanizar la sociedad*, recuerdo una frase del poeta mexicano que declara que de las tres palabras que han fundado el espíritu moderno: igualdad, libertad y fraternidad, la palabra clave es la última. Porque puede existir una sociedad en que haya libertad,

pero no igualdad, y al revés, otras en que hay igualdad (aparente o real) pero no libertad. Lo que significa que el ideal –“la patria justa y buena”– sólo puede realizarse en una nación fraterna. Sin fraternidad la libertad e igualdad son ficticias, son términos vacíos, máscaras que ocultan los totalitarismos políticos o económicos.

Humanizar la sociedad significa poner en el centro del esfuerzo esa palabra clave, tentativa que muchos verán como la nueva utopía, condenada al fracaso por los poderes del pragmatismo y utilitarismo. Pero donde hay poder hay resistencia. Resistencia a la muralla metaforizada por Jorge Luis Borges, resistencia a los antihumanismos, un *no* a los príncipes y tiranos que tienen como tarea común condenar los libros al fuego.

He querido poner en el centro de este acto la literatura, la biblioteca y el saber como una suerte de culto que nos puede hacer más libres, más críticos, más fraternos.